

Homilía de Quinto Domingo de Pascua

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos.”

Introducción

En el evangelio de este domingo del tiempo pascual destaca la reiteración constante del verbo “permanecer”, que aparece ocho veces, conjugado en distintos tiempos y personas.

Quizás, esta palabra tiene para nosotros una connotación de estabilidad e inmutabilidad que dista mucho de ser la tónica general de la vida que vivimos. Podemos amanecer en un continente y encontrarnos por la noche en el extremo contrario del mundo. Pero hay cambios mucho más profundos que los producidos por variar de lugar físico. Son las transformaciones que nos afectan a niveles más hondos: el encuentro con universos culturales y religiosos muy distintos, desarraigos que conllevan una sacudida y, a veces, pérdida de referencias estables, evoluciones personales que modifican la orientación vital....

Sabemos que el permanecer del que habla Jesús en el discurso de despedida, no significa en modo alguno perdurar como lo hace una estatua o un monolito. Por el contrario, la palabra, repetida como una cantinela a lo largo del texto, tiene un carácter dinámico y activo que exige a las personas o comunidades creyentes, en muchas ocasiones, grandes dosis de perseverancia, continuidad, constancia y resistencia.

Así lo reflejan también las otras lecturas de este día. San Pablo hizo muy pronto la experiencia del costo que supuso para él ser fiel a la llamada de Jesús en el camino de Damasco. La llegada a esa ciudad, igual que la de Jerusalén, no tiene nada de entrada triunfal, sino de camino de cruz como el del Señor al que perseguía. Los “suyos” de antes, los judíos, desean su muerte y los discípulos del Resucitado sospechan de él y le temen. Las primeras comunidades cristianas, según el mismo relato de los Hechos de los Apóstoles, se edificaban y progresaban en el temor del Señor.

La segunda lectura insiste en el significado dinámico del permanecer en los escritos de san Juan. El mandamiento de Dios es creer en su Hijo y amarnos unos a otros. Ambas cosas, creer y amar, implican cambios y, a veces, muy profundos. Y añade que “conoceremos que Dios permanece en nosotros por el Espíritu que nos dio”. Y si hay alguna actuación propia del Espíritu es la de transformarnos y convertirnos para arraigarnos de verdad en Dios.



Hna. Carmina Pardo
Benín

Lecturas

Primera lectura

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 9, 26-31

En aquellos días, llegado Pablo a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos, pero todos le tenían miedo, porque no se fiaban de que fuera realmente discípulo. Entonces Bernabé se lo presentó a los apóstoles. Saulo les contó cómo había visto al Señor en el camino, lo que le había dicho y cómo en Damasco había predicado públicamente el nombre de Jesús. Saulo se quedó con ellos y se movía libremente en Jerusalén, predicando públicamente el nombre del Señor. Hablaba y discutía también con los judíos de lengua griega, que se propusieron suprimirlo. Al enterarse los hermanos, lo bajaron a Cesarea y lo enviaron a Tarso. La Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaria. Se iba construyendo y progresaba en la fidelidad al Señor, y se multiplicaba, animada por el Espíritu Santo.

Salmo

Sal. 21, 26b-27. 28 y 30. 31-32 R/. El Señor es mi alabanza en la gran asamblea.

Cumpliré mis votos delante de sus fieles. Los desvalidos comerán hasta saciarse, alabarán al Señor los que lo buscan: viva su corazón por siempre. R/. Lo recordarán y volverán al Señor hasta de los confines del orbe; en su presencia se postrarán las familias de los pueblos. Ante él se postrarán las cenizas de la tumba, ante él se inclinarán los que bajan al polvo. R/. Me hará vivir para él, mi descendencia le servirá, hablarán del Señor a la generación futura, contarán su justicia al pueblo que ha de nacer: todo lo que hizo el Señor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del Apóstol San Juan 3, 18-24

Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras. En esto conoceremos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestra conciencia ante él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo. Queridos, si la conciencia no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios. Y cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos

permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Juan 15, 1-8

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

Pautas para la homilía

Yo soy la vid verdadera

El simbolismo de la vid y de la viña, utilizado tantas veces por los profetas y los salmistas, se utilizaba en el Antiguo Testamento para expresar la relación de Dios con el pueblo de Israel. La metáfora de la viña en el evangelio de Juan cambia completamente el significado anterior. Jesús revela que la verdadera y única vid es él. Y los que caminamos tras él queriendo ser sus discípulos y discípulas somos los sarmientos que tenemos y recibimos la vida de la unión con él.

Quizás, el mejor modo de profundizar en este texto, para descubrir todo el sentido que encierra, sea dar un paseo meditativo por el campo y observar que sólo las ramas bien unidas al tronco de una vid o frutal, (aquí en Benin: la palmera, el cocotero, el platanero, el árbol de mangos) tienen vida. Las ramas desgajadas de los árboles a causa del huracán o la tormenta están secas, muertas, porque no circula por ellas la savia del tronco. De esta mirada contemplativa a la naturaleza pueden brotarnos muchas preguntas: ¿Cómo es actualmente mi unión con tronco? ¿Cuál es mi adhesión o la de la comunidad a Jesús? ¿De dónde nos viene la savia que nos da vida y dónde la buscamos?

Mi Padre es el viñador

Estamos muy acostumbrados a escuchar el texto de la vid y los sarmientos y podemos pasar por alto la afirmación de Jesús: “Mi Padre es el viñador”. Y lo que es aun más serio, llegar a considerarnos personalmente, como grupo religioso o comunidad cristiana o como Iglesia, tan unidos a la vid que, sin quererlo, nos convirtamos en los dueños de la viña y en los viñadores, usurpando el puesto a Dios. ¡Cuántos juicios inmisericordes que separan, que alejan, que pretenden podar los sarmientos y lo hacen sin respetar el momento preciso y oportuno para esa tarea!

¡Cuánto podemos aprender de Bernabé, en los Hechos de los Apóstoles! Una persona buena y generosa, que posee el arte de discernir y reconocer la acción de Dios en Saulo y creer en él. Ejerce con tino y delicadeza una labor de mediación y presenta a Saulo a los apóstoles, contándoles cómo ha sido su conversión y la valentía con la que ha predicado en Damasco a Jesús.

Dar mucho fruto.

La condición para que un sarmiento dé fruto es que permanezca unido a la vid. El texto evangélico comienza hablando de los sarmientos que dan o no dan fruto y lo que el Padre hace con ellos. Jesús dice que los sarmientos que permanecen en él y en los que él permanece dan “mucho fruto”. El discípulo ha de permanecer adherido al Señor para fructificar abundantemente. Sin esa vinculación y adhesión, no puede hacer nada. Esta afirmación tan contundente nos sitúa ante la verdad de nuestra vida como creyentes y de las opciones en las que se juega y se decide nuestro amor, “no de palabra y de boca sino con obras y en verdad”, como dirá el apóstol san Juan en la segunda lectura y como expresa muy bien el refrán: “obras son amores y no buenas razones”.

Los frutos abundantes del discipulado y la comunidad creyente no pueden ser otros que los de la vid en la que permanecen. Serán los frutos del Espíritu que contribuirán a mostrar que el Reino de Dios está ya entre nosotros, impulsando el crecimiento de la fraternidad, del amor, de la paz, de la justicia, de la bondad, de la verdad, del reconocimiento de la imagen de Dios en toda persona, de la compasión, de la alegría...

La gloria del Padre

La gloria de nuestro Padre Dios no consiste en que nosotros le demos algo. Es él quien ha querido compartir su gloria con nosotros, haciéndonos hijos suyos en el Hijo Amado. Dios Padre, el hábil y experto viñador vela con amor por la viña para hacernos portadores de buenos y abundantes frutos, y discípulos fieles de su Hijo.

San Ireneo escribió con acierto: “la gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios”. En Chile cantábamos “el hombre de pie es su alabanza”. Todo lo que humilla, disminuye, atenta y mata la vida de un ser humano, niega la gloria a Dios. Todo lo que promueve, ensalza, rehace y defiende la vida de cualquier persona pero, especialmente, de los hombres y mujeres, ancianos y niños que la sienten más amenazada, da gloria a Dios.

Unidos a Jesús, los creyentes que queremos anunciar su evangelio de vida en plenitud y ser de verdad sus discípulos y discípulas, somos llamados a dejarnos conducir por el Espíritu y a manifestar con signos convincentes de amor a nuestros próximos o lejanos qué calidad de vida es la que el Padre quiere para todos sus hijos e hijas.



Hna. Carmina Pardo
Benín

Evangelio para niños

V Domingo de Pascua - 10 de mayo de 2009



La vid verdadera

Juan 15, 1-8

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: - Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento mío que no da fruto lo arranca, y al que da fruto lo poda para que dé más fruto. Vosotros estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí, lo tiran fuera, como al sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que deseéis, y se realizará

Explicación

Otro día Jesús utilizó un ejemplo muy acertado para decir a sus amigos cómo deben estar muy unidos a él. Les dijo: Si los sarmientos tienen muchos racimos de uvas es porque están unidos a la cepa. Del mismo modo, vosotros, estaréis cargados de racimos de bondad y alegría si os mantenéis unidos a mí por la confianza y el cariño.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

JESÚS: ¿Queréis que os cuente una parábola? Debo deciros algo importante y me parece que así lo entenderéis mejor.

DISCÍPULO1: Algunas parábolas son un poco complicadas. ¡Menudo lío se hicieron el otro día los fariseos con lo del Buen Pastor!

DISCÍPULO2: Pero como el Maestro tiene mucha paciencia y nos lo explica, nosotros nos aclaramos siempre. ¡Empieza, Maestro, empieza!

JESÚS: Yo soy la verdadera vid. ¿Sabéis lo que es la vid?

DISCÍPULO1: Sí, Maestro, lo sabemos. Es una planta con tallos y hojas que nos da uvas.

JESÚS: Muy bien. ¿Y sabéis cómo se llaman a los tallos y a las hojas de la vid?

DISCÍPULO2: Sí, a las hojas se les llama pámpanos y a los tallos sarmientos.

DISCÍPULO1: Y de los sarmientos sale el fruto, o sea, la uva.

JESÚS: ¡Estupendo! Me alegra mucho que sepáis tanto. Seguro que entendéis bien lo que voy a deciros. Mirad, yo soy la vid, vosotros los sarmientos y mi Padre es el labrador.

DISCÍPULO2: ¿Y los frutos, o sea, las uvas?

JESÚS: Los frutos son todas la cosas buenas que hacéis.

DISCÍPULO1: Y al Padre... no le gustan los sarmientos que no dan fruto.

JESÚS: ¡Claro! A esos los poda, para que den más fruto..

DISCÍPULO2:¿Nosotros somos buenos sarmientos?

JESÚS: Sí; estáis limpios por las palabras que yo os he hablado, pero tenéis que permanecer en mí y yo en vosotros; un sarmiento solo, no puede dar fruto.

DISCÍPULO1: Nosotros también queremos ser sarmientos.

JESÚS: Entonces...¡seguid conmigo y yo seguiré con vosotros! De esa forma vuestros frutos serán abundantes.

DISCÍPULO2: Es cierto, Jesús, sin ti no se puede hacer nada. Y los que no hacen nada son como los sarmientos secos.

DISCÍPULO1: Se recogen, se queman y... ¡cómo arden!

JESÚS: Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y se cumplirá.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández